

# EL EXILIO MEXICANO: ANTONIO ROS, UN PARADIGMA

## MEMORIAL PACO RÓDENAS

Francisco José Franco Fernández  
Cronista Oficial de Cartagena

Recibido: noviembre 2019/ aceptado: noviembre 2019

*México, has abierto tus puertas  
y tus manos al errante, al herido,  
al desterrado, al héroe.*

Pablo Neruda

### RESUMEN

El artículo es parte de la tesis doctoral titulada *Sociedad, cultura y pensamiento en la Cartagena republicana* y analiza la figura del doctor unionense Antonio Ros, figura clave en la Región de Murcia del proceso histórico acaecido en España en los años 30 del pasado siglo. Centrando el análisis principal en los años de su exilio en México, a través de los diferentes capítulos, el autor nos va introduciendo en su fecunda huella al otro lado del Atlántico y su regreso a España en los años 70.

### PALABRAS CLAVE

La Unión; exilio republicano; México.

### **Antonio Ros, el unionense universal**

Nació Antonio Ros en La Unión, pueblo surgido de las entrañas de Cartagena hace ya 150 años. Era hijo de un alcalde liberal de tiempos de la Restauración y sobrino de un glorioso pedagogo local, don Pedro Ros Manzanares. Se educó, pues, en un ambiente de cierto acomodo, entre ruidos de explosión de los barrenos de las cercanas minas y las tertulias republicanas de la ciudad, donde se añoraban los gloriosos días de la

sublevación cantonal y se reclamaban mejoras laborales para la sufrida clase trabajadora local. Al terminar sus estudios en el instituto marchó a Madrid junto a su amigo Santos Martínez, con el que compartió piso y militancia republicana. Al finalizar la carrera de Medicina regresó a la comarca, estableciendo su domicilio y consulta oftalmológica en Cartagena, donde, se implicó en los movimientos republicanos surgidos durante la dictadura de Primo de Rivera. Proclamada la República, mientras su compañero Santos se convertía en secretario personal de Azaña, él era el hombre fuerte del partido Radical Socialista en la Región de Murcia, llegando a ser concejal y diputado provincial. Su fidelidad a los principios democráticos le obligó a dejar España tras la Guerra Civil, marchando primero a Argelia y luego a París, desde donde se dirigió a México, estableciendo allí hasta su fallecimiento en 1988 su domicilio.

### **De París a México**

En el exilio parisino el dirigente republicano Fernando Valera informaba a los exiliados que se había formado un organismo nuevo dependiente de la comisión permanente de las Cortes españolas, con poderes amplísimos. Tanta facultad tenía que podía retirarle la confianza a Juan Negrín, por ejemplo, y hacerle dimitir de su cargo de Presidente del Consejo de Ministros. Presidía ese organismo Nicolau d'Olwer, y lo formaban, por el Partido Socialista, Indalecio Prieto; por la Unión General de Trabajadores, Belarmino Tomás; por Izquierda Republicana, Emilio Palomo; y por el partido de Diego Martínez Barrio, Faustino Valentín. Ros se lamentaba de que un hombre de la jerarquía de Indalecio Prieto, al que consideraba el valor más sólido de toda la emigración española, se prestase también a *este género de cómicos esparcimientos*. En los demás, no le extrañaba: seguirían en el exilio con su gobierno fantasma, se disputarían las carteras, retirarían confianzas, habría dimisiones del gabinete y se abrirían períodos de consulta. Total, un juego de niños, como cuando él era chico y jugaba a las elecciones en las calles de su pueblo natal.

Los dirigentes republicanos, especialmente los miembros del S.E.R.E., preparaban la salida de los emigrantes: iban a despedir a los pasajeros del barco *Mexique*, que zarpaba lleno de refugiados. El propio S.E.R.E. era la empresa armadora, como lo había sido con el *Ipanema*,

que andaba durante el mes de abril dando tumbos por los mares como barco pirata, sin arribar todavía a las costas mexicanas. El S.E.R.E. fletaba y aparejaba, adquiría los alimentos y pagaba por retraso las estadías. Pero de este modo, todo se administraba por determinadas personas, y en compras, en visitas obligadas a otros puertos, donde carenaban y se abastecían los buques, y en cubrir otras formalidades y carencias, se aumentaban los gastos y se repartían comisiones.

En aquellos días de primavera en los que los nazis avanzaban hacia París, Antonio y su esposa Concha preparaban su partida. El 26 de abril escribieron a México, a su paisano Andrés Conesa, diciéndole que ya era seguro que el día 18 de mayo embarcarían en *Saint-Nazaire* rumbo a Nueva York. El día 16 comenzó la partida y desde bien temprano prepararon los últimos detalles del viaje: consiguieron en las colas del Banco de Francia que les cambiasen los francos por libras esterlinas. A las ocho y media de la noche salieron para la estación de Montparnasse, momento descrito así en sus memorias:

“Ha sido difícilísimo encontrar un taxi. Con todo, lo he de pagar por adelantado, con la adición, además, de una fuerte propina. En los ojos del chófer, como en los de los transeúntes, se retrata el miedo y la desesperación. No hay gentes por las calles, que están a oscuras, ni apenas coches. Los cafés cerrados o con una puerta entreabierta y las luces apagadas. Lo único que impera en esta hora en París es el pánico, el terrible pánico, que se ha adueñado de las plazas de la ciudad, de las largas avenidas y de los bulevares, y que también va invadiendo ya mi espíritu, atemorizado desde la mañana. En la estación, con mortecino alumbrado, apenas si nos reconocemos. Los hombres pasan cabizbajos por nuestro lado y las mujeres llorando. El aspecto de los andenes es desolador. El maquinista quiere echar a andar el tren antes de tiempo, lleno de trágicos presentimientos. Pero las autoridades no se lo permiten. Una pobre mujer, aterrorizada y llorosa, levanta una niña, como de un año, en sus brazos, y le dice a cada viajero que pasa frente a ella:

—¡Llévesela con usted, antes que me la mate una bomba alemana!

Vienen a despedirnos el ministro de Santo Domingo, que furtivamente me mete unas monedas de oro en un bolsillo de la chaqueta,

el consejero Porfirio Rovirosa, Fernando Valera, Pepe Ballester Gozalvo, el doctor Cléper, el contralmirante Valentín Fuentes y, naturalmente, Manolo y Araceli y Miguel y Alicia. Todas las despedidas son tristes. Pero esta nuestra de esta noche es más bien tétrica.”

El viernes 17 de mayo a las cinco de la mañana llegaron a Saint-Nazaire. Se hospedaron en el hotel *Bretagne*, donde se enteraron de que el puerto había sufrido esa noche un feroz bombardeo aéreo del que afortunadamente salió ileso su barco, el *Champlain*. Antonio recuperó el ánimo al ver en el hotel, dispuestos también a embarcar, a sus amigos Domingo Barnés, el ilustre pedagogo, el exministro catalán Tomás y Piera, Ruiz Lecina, Bilbao, Galarza y Paco López Goicoechea.

Al día siguiente por la tarde, subieron al *Champlain*. El Gobierno francés había cometido el error de armar con cañones de gran alcance servidos por marineros de la Armada la proa y la popa del transatlántico. En estas condiciones, la ley de guerra autorizaba a los submarinos alemanes a disparar sus torpedos sin previo aviso. Estaban, por tanto, los ochocientos pasajeros del barco en capilla. El primer oficial del buque le explicó que, para esquivar en lo posible el ataque submarino, el barco forzaría su marcha a las máximas revoluciones de sus máquinas, y navegaría describiendo amplios zigzags. A la hora en que zarpaba el *Champlain* del puerto de Saint-Nazaire Antonio era el único pasajero que permanecía en la cubierta, pensando sin duda en un futuro esperanzador:

“Son las dos de la madrugada y no se siente frío ninguno. El cielo está despejado y no se percibe ninguna luz en la bahía ni en la ciudad. Despega del muelle el transatlántico, recoge las anclas y enfila mar adentro. Yo, con un nudo en la garganta, que me sacude todo el espíritu, inflamado por la emoción, digo adiós a Francia y a los amigos de Francia, con voz conmovida y lágrimas entre las pestañas. Miro a lo lejos y las sombras del caserío se desvanecen. Sólo queda la oscuridad del mar y la estela clara que la quilla va dejando en él. Entre rizos de espuma, parece que voy leyendo un nombre, que no sé si lo perciben mis ojos o es sólo mi corazón el que lo ve o lo adivina: México, México, México...”

## **México lindo y querido**

Sin entrar en detalles minuuciosos, daremos algunas pistas sobre la vida de Antonio Ros y los cerca de veinte mil exiliados que acabaron en México. Al revés de lo que hicieron algunos políticos, la mayoría de los desterrados, sin dejar de ser españoles, se sintió también profundamente mexicana. A principios de 1940, el gobierno de Cárdenas concedió la nacionalidad a todos los republicanos españoles que lo desearan, y la pidieron más de un setenta por ciento. Los «refugiados» eran bien vistos por los mexicanos. La historiadora Concha Ruiz Funes, hija del ministro de la República, señala que entre los exiliados españoles, 4000 eran intelectuales. El economista e historiador mexicano, Daniel Cosío Villegas, que en 1934 había fundado una de las editoriales más importantes de Iberoamérica, el Fondo de Cultura Económica, y que en 1937 se encontraba como embajador de México en Portugal, logró que el presidente Cárdenas fundara en 1938 la Casa de España en México para acoger a intelectuales españoles e integrarlos en los altos centros de cultura mexicanos, mientras se decidía la suerte de la República española que algunos ya daban por perdida. Con el triunfo de los militares quedaba afuera, desamparado, sin recursos, sin país, un puñado de españoles de primera fila, valores científicos, literarios, artísticos y, por añadidura, de ejemplar calidad moral.

Lázaro Cárdenas, designó para presidir la Casa de España a Alfonso Reyes, el intelectual mexicano de más autoridad, que había vivido en carne propia el exilio, al tener que salir huyendo de la persecución de la dictadura de Porfirio Díaz, y que mantenía estrechos vínculos con intelectuales españoles que se fraguaron durante su estancia de diez años en Madrid entre 1914-1924: Américo Castro, Azorín y Juan Ramón Jiménez. Daniel Cossío Villegas fue nombrado segundo de a bordo, como secretario del Patronato y de La Casa. La mayoría de los intelectuales aztecas, entre los que figuraba Octavio Paz, colaboró activamente. La Casa de España estaba en la misma oficina que el Fondo de Cultura. La idea fue ayudar a los intelectuales que salían de España en plena guerra. Al principio fueron pocos, luego fueron ampliando su número y casi todos daban clase en la UNAM y en las universidades de los estados.

El poeta León Felipe, que ya residía en la capital azteca desde comienzos de 1938 y estaba casado con una mexicana, se sumó de

inmediato al proyecto. El filósofo José Gaos fue el primero que llegó directamente de Europa, en agosto de 1938. Rector de la Universidad de Madrid y catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras, había trabajado activamente en la organización del Pabellón Español en la Exposición Universal de París en 1937 para el que fue pintado el mural del *Guernica* de Picasso. Creó, en esta institución, un seminario de Historia de las Ideas, además de publicar un importante ensayo sobre el pensamiento hispanoamericano. También en la Casa de España en México encontró cabida el naturalista, ya nonagenario, Ignacio Bolívar. María Zambrano, tras su paso por Cuba y Puerto Rico, fue comisionada por la Casa de España para que impartiera en la Universidad del estado de Michoacán, en la ciudad de Morelia, feudo de la familia Cárdenas, un curso sobre Sociología y otro sobre Introducción a la Filosofía. A finales de la presidencia de Cárdenas, en 1940, la Casa de España en México se convirtió en el Colegio de México para garantizar su continuidad, convirtiéndose en la institución cultural más importante del país, consiguiendo en 2001 el premio Príncipe de Asturias en el apartado de Ciencias Sociales.

Durante los primeros años del exilio fueron surgiendo, por iniciativa de los propios exiliados, otros centros culturales y asociaciones con objeto de ayudar a los expatriados. Los españoles estuvieron presentes en todos los sectores de la actividad cultural y productiva de México. El SERE de Juan Negrín y la JARE de Indalecio Prieto proporcionaron ayudas a los refugiados y crearon empresas para darles trabajo: laboratorios químico-farmacéuticos (Industrias Químicas Americanas), fundiciones (Vulcano) o industrias gráficas, como la editorial Séneca, puesta en marcha por José Bergamín en enero de 1940, que desarrolló en los años siguientes una ingente labor divulgadora de autores occidentales clásicos y contemporáneos que trascendió a toda América a la vez que publicaba a los autores del exilio que pudieron, de esta forma, dar a conocer su obra literaria. La Editorial Séneca, además del apoyo del SERE, contaba con el de la Junta de Cultura Española, fundada en París en marzo de 1939 y presidida por José Bergamín, que tenía por objeto «asegurar la propia fisonomía espiritual de la cultura española... y la de unir y ayudar en sus trabajos a los intelectuales españoles expatriados». Lanzó la revista *España Peregrina* en cuyo primer número publicó el «Manifiesto del Exilio».

Se dio una gran solidaridad entre ellos y recibieron también cierta ayuda por parte de los antiguos residentes. Ésto se dio entre las nacionalidades españolas: los catalanes se volcaron con los catalanes exiliados, les proporcionaron trabajo y les acogieron en sus industrias y negocios y los vascos también tuvieron una solidaridad impresionante con los suyos. No sucedió tanto con los gallegos, sin duda por su carácter más individualista. Al mismo tiempo que se incorporaron al trabajo, al *modus vivendi* local, se aglutinaron de una manera impresionante, lo cual hizo que tuvieran en algunos casos dificultades de adaptación. Tenían la posibilidad de integrarse en el Orfeó Català, en el Centro vasco, en la Casa de Valencia, en la de Andalucía, y por ser un grupo donde había políticos importantes, inmediatamente lo que hicieron fue reorganizar los partidos. Entonces, su vida cotidiana, fuera del trabajo, se orientaba siempre hacia las actividades de estas organizaciones, formadas por ellos mismos. Se fundaron tres colegios, y esto hizo que algunos niños estuvieran metidos en una dinámica del exilio, también con profesores y personal exclusivamente español. Todos estos factores hicieron que algunos grupos de exiliados adoptaran una actitud endogámica.

Manuel Andújar, José Ramón Arana, José Puche Planas y Anselmo Carretero, editores de una de las mejores revistas del exilio, *Las Españas*, promovieron la creación de un centro donde «se cultivara el mundo de las ideas con espíritu abierto y plural, y para defender y divulgar la cultura española». El Ateneo Español de México se constituyó el 4 de enero de 1949 y muy pronto adquirió peso importante en la vida cultural y política de la capital. En él funcionaron desde el principio secciones de artes plásticas, ciencias físico-matemáticas, ciencias biológicas, humanidades, literatura, teatro, cine y música. En las actividades del Ateneo participaron la mayoría de los intelectuales y artistas españoles allí residentes, como el poeta Luis Cernuda, quien, tras su peregrinaje por Inglaterra y EE.UU., acabó recalando en México, donde murió; el músico Rodolfo Halffter; los escritores Ramón J. Sender, que vivió en México y EE.UU., y Max Aub, amigo del doctor Ros, que pudo librarse del siniestro campo de concentración de Djelfa, en Argelia, adonde consiguió enviarle el embajador franquista Lequerica, y también el cineasta Luis Buñuel, que con su admirable película, *Los olvidados*, inició el período más interesante de su cinematografía.

La fundación del Ateneo provino sobre todo del grupo de Las Españas de Anselmo Carretero y los demás. El acta de constitución se firmó en la Editorial Séneca, en la oficina de Bergamín, y fue en el año 49. Sintieron la necesidad de tener un lugar donde reunirse, sobre todo los intelectuales, cuando se perdió la esperanza de regresar a España, porque las maletas estuvieron mucho tiempo sin deshacerse. Allí se reunieron todos los refugiados políticos de Sudamérica que pasaban por México. El Ateneo agrupó a todos los intelectuales, representó un lugar donde reunirse, discutir, hablar de España, y además también hubo mucha participación de intelectuales mexicanos. Había conferencias, mesas redondas y se pasaban películas. El Teatro Español de México surgió dentro del Ateneo porque allí era donde ensayaban. También se hacían exposiciones de pintura.

En la universidad se notó mucho también la influencia del exilio. Muchísimos profesores mexicanos que eran antiespañoles por las cosas de la Conquista aprendieron gracias a los exiliados a querer a España. En la universidad se les reconoce mucho su labor. Los maestros del exilio hicieron que mucha gente en México cambiara su idea de lo que era el ser y la esencia de los españoles. Para atender y educar a los hijos del exilio, el SERE creó el Instituto Luis Vives y la JARE el prestigioso Colegio Madrid, considerado en la actualidad el mejor colegio de secundaria en México; el Patronato Cervantes también estableció colegios en distintos estados, con directores y maestros españoles. El Luis Vives era la continuación de la Institución Libre de Enseñanza por lo que muchos mexicanos matricularon a sus hijos allí por las ideas de libertad que se les inculcaban, conviviendo muy bien los niños españoles y los mexicanos. Hay que destacar también la importante labor de la Academia Hispano-Mexicana, que comenzó siendo un colegio de secundaria para terminar convirtiéndose en universidad.

En toda esta primera generación del exilio hay un gran sentimiento de gratitud a México. Pero si México proporcionó una serie de posibilidades al exilio, también éste aportó otras cosas a México, en su justo término. A lo largo de estos setenta años, el gobierno mexicano ha hecho un homenaje al exilio español el 14 de abril. Ha sido como una especie de herencia. Este homenaje lo inició Lázaro Cárdenas y sus sucesores los mantuvieron. El gobierno mexicano no reconoció nunca

al gobierno franquista. Fue una deferencia para todos los exiliados que vivían en México, y para ellos fue de gran importancia.

### **Una nueva vida**

Concha y Antonio se adaptaron perfectamente a su nueva vida. Su mayor aflicción se debió a la larga separación de única hija, Julieta, que permaneció con su tía Julieta en Madrid hasta la edad de seis años, pues las autoridades franquistas negaron su salida. El reencuentro familiar se produjo gracias a la gestión del padre Olleta, sacerdote mexicano que llevó a cabo los trámites con la curia española, obteniendo el permiso de salida para Tía Julieta y la niña, que arribaron a México a bordo del *Magallanes*. Antonio llegó a México con cuarenta años, una experiencia profesional y política dilatada y un carácter formado. Nunca dejó de ser español y republicano, pero tampoco era amigo de nostalgias, por lo que decidió, por el bien de su familia y su propio futuro personal ser mexicano de nacionalidad y comportarse como tal a todos los efectos. Formó una familia corta en número, pero muy unida. Su etapa más crítica a nivel personal estuvo ligada al fallecimiento de su mujer en los años 50, hecho que le sumió en una gran tristeza, compensada con el nacimiento de sus cuatro nietos: Antonio, Álvaro, María José y Diego.

En el terreno profesional la carrera de nuestro doctor fue muy exitosa, pues su participación antes de la Guerra en campañas sanitarias internacionales y su trabajo en el servicio oftalmológico del Hospital de Orleansville y como profesor agregado en el Hospital Oftalmológico Adolphe de Rothschild de París le había proporcionado importantes contactos fuera de España. Su contrastada valía profesional le hizo entrar muy pronto como Jefe del Departamento de Oftalmología del Hospital Español de México D.F. Tuvo, además, consulta particular en la Avenida Torcuato Tasso, 325 hasta su fallecimiento y se convirtió en un prolífico escritor de libros de carácter científico. Su bibliografía de la etapa española es menos conocida, pero no por ello de menor importancia, pues había sido redactor de importantes revistas y había participado en congresos médicos. Su primera publicación fue *La ley de Smith en la curación de la catarata*, comunicación a la Academia Médico-Quirúrgica Española publicada en Madrid en 1927. Un año después fue ponente en el Congreso Hispano-Americano de Oftalmología de Zaragoza. En 1930 participó en el mismo Congreso,

dentro de su XV edición (celebrada en Santiago de Compostela). En 1933 había concurrido al XIV Congreso Internacional de Oftalmología, celebrado en Madrid. Su mayor especialidad, además de las operaciones de cataratas, fue la curación del tracoma, especie de conjuntivitis crónica que era muy frecuente en los países pobres y que pudo tratar en La India, Egipto y Argelia. En 1936 publicó en Cartagena uno de los mejores libros que se hayan escrito sobre este tema.

Su bibliografía científica en la etapa mexicana se inició en 1941 con la publicación de: *El tracoma rebelde y milenarío*. Este libro, de enorme éxito, fue seguido por *Los ciegos de la Biblia* (con prólogo del Dr. Gustavo Baz), en 1942; *Las sulfamidas en la práctica oftalmológica* (con prólogo del Dr. José Aguilar Álvarez), en 1944; *La penicilina y sus aplicaciones en oftalmología*, en 1945; *Manual de neurología ocular* (prologado por el Dr. Gregorio Marañón), en 1951; *La hialuronidasa en oftalmología* (con prólogo del Dr. Ignacio Barraquer), en 1954; *La cortisona en oftalmología* (prólogo del Dr. Gregorio Marañón), en 1957; *El ciego de Asís* en 1959; *Evolución de la histopatología* en 1961 y *Las retinopatías y el médico general* en 1968.

Antonio Ros está considerado como uno de los más grandes oftalmólogos que ha habido en la historia de México en cuanto a cualificación profesional y calidad humana. Por su consulta pasaban las mayores personalidades de la vida mexicana y siempre tenía tiempo para atender a personas de modestísima condición social, a los que nunca cobraba. Fue uno de los impulsores de la medicina en el país centroamericano y miembro de una ilustre generación de médicos y científicos. Sin duda, en su etapa mexicana triunfó en su profesión porque la ejerció en una gran capital y dedicó a ella sus mayores esfuerzos, esas energías que tanto había derrochado en política intentando ayudar a sus paisanos. De los que fueron sus amigos y compañeros de profesión en México, exiliados como él, hemos de destacar al neurólogo-psiquiatra Dionisio Nieto Gómez, el farmacólogo lorquino Rafael Méndez, el psiquiatra Wenceslao López Albo, el neurólogo Sixto Obrador Alcalde, el psiquiatra Federico Pascual Del Roncal, el neurofisiólogo Augusto Fernández Guardiola, el ginecólogo Urbano Barnés González, el cirujano Joaquín D'Harcourt (primer presidente del Ateneo Español, cargo que ejerció durante 20 años) y el cirujano Jacinto Segovia Caballero (Presidente del Centro Republicano Español de México). El

padre espiritual de Antonio Ros y de todos los oftalmólogos españoles exiliados en México fue Manuel Márquez Rodríguez, hombre polémico que había sido Decano de la Facultad de Medicina de Madrid y al que el Presidente mexicano Cárdenas encargó en 1939 la presidencia del comité que convalidaba los títulos a los médicos españoles. El paternalismo de don Manuel se completaba con la presencia de su esposa y ayudante, la doctora Trinidad Arroyo y del cuñado de Azaña Manuel Rivas Cherif, su auxiliar en Madrid, Secretario del Ateneo Ramón y Cajal y compañero inseparable. De los compañeros de Ros en el Hospital Español destacaremos al parasitólogo Eliseo Del Buen Lozano.

La exitosa carrera profesional del Doctor Ros eclipsó en parte sus muchas posibilidades como escritor y periodista. La ausencia del núcleo originario donde surgió aquella generación gloriosa, la diáspora ocasionada por la Guerra y la pérdida de contacto entre los miembros del grupo de jóvenes intelectuales cartageneros contribuyó a truncar en parte una dilatada trayectoria literaria. En suelo mexicano Ros hizo algunas incursiones en el terreno ensayístico y la novela, destacando los libros de recuerdos de sus viajes a Egipto, en 1946; y La India, en 1962. Este libro recoge la preciosa historia de la ya referida visita de juventud al país asiático. En su portada aparecía la fotografía de la bella princesa objeto de sus amores. En el momento de publicarse el libro, 35 años más tarde, Antonio pasaba uno de sus peores momentos a causa del inesperado fallecimiento de Concha. El azar hizo que la todavía bella princesa encontrase y leyese un ejemplar de la obra y se pusiese en contacto con su viejo amor platónico, comenzando una relación epistolar que ilusionó mucho al doctor y que mantuvieron de por vida.

Dentro del terreno del ensayo, hemos de destacar su obra de 1963 *El tabaco, el café y el vino; Lidia Moreno; Los gobiernos españoles; Horas de angustia y esperanza; Los ángeles también matan y Diario de un refugiado republicano*, prologado por José María Pemán.

### **Su actividad pública**

En cuanto a la vertiente política, hemos de afirmar que Antonio Ros no ejerció de republicano exiliado. La República había terminado y era el momento de empezar una nueva vida. Se nacionalizó, llevó a su hija a un colegio norteamericano para niños mexicanos y fue acercándose

con la clase que le caracterizaba a los grupos de poder, de forma que su casa, a través de sus famosas comidas de los miércoles, se convirtió en un centro de encuentro de los principales políticos y empresarios del país. Su experiencia política y el ejemplo recibido de su padre, político posibilista, le hizo aceptar los mecanismos del poder priísta. Su objetivo principal era el de siempre: ayudar a sus semejantes y ser útil. En los lejanos años 20 había adquirido un compromiso, un pacto de sangre con la República. Prestó servicios de estado, algunos de alto secreto militar, a la causa republicana que dieron con él en la cárcel en 1929, que le obligaron a permanecer soltero durante largos años, que le causaron problemas durante la Guerra y que le hicieron, a pesar de no existir proceso alguno contra su persona, exiliarse. Sabía demasiadas cosas y su integridad corría peligro en la “nueva España”. Tanto sacrificio personal tenía la recompensa de poder exigir al poder que servía contraprestaciones a favor de sus conciudadanos y de sus seres queridos. Este compromiso permaneció en su corazón de por vida. Su nueva nacionalidad mexicana era un medio útil para seguir ayudando a sus semejantes. Ahora el sacrificio se hacía en pro de los exiliados españoles. Antonio entendía que la mejor ayuda era la que se podía prestar desde las propias entrañas del Estado Mexicano. Las instituciones republicanas españolas se comportaban como un estado dentro de otro estado y eso creaba importantes tensiones. Él, sin medios ni aparato institucional, fue introduciéndose en los resortes del poder, haciéndose deudor de favores médicos y políticos de los presidentes mexicanos, de forma que tuvo lo que allí se llama “derecho de picaporte”. Esto se tradujo en una labor personal, sorda pero continua, de obtención de permisos para cientos de refugiados españoles.

El sacrificio que ahora pedía la patria era, precisamente, renunciar a ella, y no el empeñarse en administrar “extinguidas ínsulas baratarías”. Fue uno de los pocos exiliados que supo entender que el postrer sacrificio de nobleza de los republicanos debía de ser integrarse dentro de los países de acogida sin perder nunca los sentimientos ni olvidar el objetivo último, pues algún día la verdadera patria dejaría de tener cadenas y la historia haría justicia. Antonio, como hombre cosmopolita, entendió que podía prestar un buen servicio a ambos países y, al tiempo, a la causa republicana. Nunca traicionó a su país ni a sus principios y se mantuvo unido a los que habían sido sus amigos en España y ahora le acompañaban en el destierro mexicano: Fernando Valera, José

Maldonado, Indalecio Prieto, Francisco Giral, Juan José Domenchina y un largo etcétera, pero dos sobre todo: un camarada y un maestro, Álvaro de Albornoz; y un paisano y amigo, un viejo compañero de aventuras políticas y culturales, “Marianico” Ruiz-Funes; dos estilos dos modelos de concebir el exilio: el primero aferrado al pasado, el segundo (como Ros) comprometido con el futuro.

Álvaro fue, junto con Azaña, Prieto y Domingo, uno de los cuatro puntos de referencia política para Antonio Ros. La relación con Albornoz se remontaba a los años 20, a los comienzos políticos de nuestro personaje, se intensificó durante la República y continuó tras la Guerra. En los meses de exilio en París ambos coincidieron en la ciudad de las luces. Álvaro de Albornoz vivía en aquel momento en Médicis, en un modesto hotel de la calle de Monsieur-le-Prince, en el barrio latino. Estaba desesperado y quería irse a México, «porque en Francia ya no se puede estar». Lequerica, embajador del general Franco y hombre astuto, inteligente y hábil, había conseguido tener mucha influencia en el gabinete de Daladier, por lo que la vida de los dirigentes republicanos españoles se complicaba cada día más. Don Álvaro, que estaba allí con Amalia, su mujer, propuso incluso a Ros hacer juntos un plan de viaje a América. Y es que Albornoz estaba muy agradecido por sus años de lealtad y sus muchos servicios al frente del partido en Cartagena, habiendo encabezado siempre fervorosos actos de homenaje a su persona e iniciativas como el que la cartagenera calle del Escorial llevase su nombre. En los diarios de Antonio Ros se describe de esta forma la relación mantenida por ambos en París y el recibimiento que le tributó a su llegada a la capital de Francia:

“Don Álvaro de Albornoz, exministro de Justicia, expresidente del Tribunal de Garantías Constitucionales y exembajador en París, me está esperando en el hotel, en el que él y su familia se hospedan y donde, en el piso principal, y con un gran balcón a la calle, me ha hecho reservar la mejor habitación. Es un hotel modesto este que ocupa don Álvaro, uno de los políticos más honrados que ha dado la España de todos los tiempos. Pero es cómodo, alegre y limpio, y está estratégicamente emplazado en la calle de Monsieur le Prince, en pleno cogollo del Barrio Latino. Estamos a un paso, por un lado, de la Escuela de Medicina, y por el otro, del palacio del Senado. Vivimos en el ‘Hotel de Médicis’.

Quiere esta tarde don Álvaro que, puesto el sol, demos un paseo por el barrio. De regreso, en el boulevard Saint-Germain, ya muy cerca de casa, don Álvaro se descubre la cabeza con admiración ante la estatua de Danton. Y me habla con fluidez y conocimiento de él, de Robespierre, de Marat, de Luis XVI. Es sin duda Albornoz el hombre que más sabe en el mundo de la Revolución Francesa. Así. ¡En tantos discursos le he oído hablar de ella! Y discursos ágiles, emocionantes y gloriosos. Don Álvaro es el tipo de orador inspirado. No es como Azaña, ni como don Melquiades Álvarez. Cuando está en vena, construye oraciones de una belleza y un lirismo que nadie puede superar. Ésta es la cualidad superlativa de Albornoz. Además de su ilustración y su honestidad. Por eso, si yo hubiese, en hipótesis arbitraria, sido Jefe de Estado en España, habría creado para él la cartera de Propaganda. Una para él y otra acaso para Marcelino Domingo. Pero no se me habría ocurrido nombrar —como se le ocurrió a Alcalá-Zamora— a uno ministro de Fomento y al otro de Agricultura. Y es que, en verdad, ni don Álvaro ni Marcelino —otro fogoso, y persuasivo orador— eran hombres de gobierno. Como tampoco lo fueron las demás cabezas próceres de la Segunda República. Indalecio Prieto, cerebro privilegiado, era, más que otra cosa, un genio de la polémica. Por eso pudo reducir al silencio, en momentos memorables de las Cortes españolas, a un hombre de la talla de Calvo Sotelo. El mismo don Manuel Azaña, por tantos motivos la figura cumbre y señera del régimen republicano, adolecía de posibles defectos como administrador y tal vez como estadista. Don Manuel, a mi juicio, falible como mío, fue más bien —y no es poco— un legítimo ateneísta de preclara inteligencia, escritor singular, el más elocuente e impecable orador de su época, un político sagaz y brillante y el más grande parlamentario de todos los tiempos.”

Antonio no pudo acompañar como hubiese deseado a don Álvaro a México, debido a que Concha no llegó a tiempo a París. Álvaro de Albornoz y Antonio Ros mantuvieron su estrecha relación en el exilio mexicano. La amistad con él y con Indalecio Prieto se hizo, si cabe, más intensa. Sin embargo, Ros fue apartándose cada vez más de los círculos políticos de los exiliados. El compromiso de Albornoz con los órganos de gobierno y las Cortes republicanas en el exilio, la existencia de periódicos propios como Izquierda Republicana y la endogamia social que compartía con sus camaradas españoles se alejaba bastante de las tesis pragmáticas mantenidas por una inteligente minoría de la que son

representativos Mariano Ruiz-Funes y el propio Ros. Consideramos que el punto culminante del alejamiento de éste de las posiciones políticas de Albornoz e Indalecio Prieto es una expresiva carta a la que nuestro protagonista alude en sus escritos y que hemos podido encontrar en el Archivo Carlos Esplá–JARE. En ella se manifiesta la posición incómoda de las instituciones republicanas españolas en el exilio mexicano y su carácter incluso contraproducente para la integración de los exiliados en la vida mexicana:

“Acta n° 2. Reunión del 6 de febrero de 1941.

El señor Prieto da a conocer el texto de la carta siguiente, que es aprobado: «6 de febrero de 1941 - Sr. General de División don Manuel Ávila Camacho - Presidente de la República - Respetado Presidente y estimadísimo amigo: Aprovecho la coyuntura de la audiencia concedida al embajador de México en La Habana, don Rubén Romero, para hacer llegar directamente, por medio de éste, a manos de usted, la presente carta. Primero por los periódicos y después por un escrito oficial de la Secretaría de Gobernación, hube de enterarme anteayer del acuerdo que usted firmó con fecha 21 de enero último referente a los refugiados españoles: acuerdo que hubo de anunciarme el 29 el señor Secretario de Relaciones Exteriores, quien a mi instancia, tuvo la gentileza de ofrecerme que la resolución presidencial nos sería dada a conocer previamente para formular las observaciones del caso, a fin de que el Gobierno las estudiara. Sin duda por estar ya el acuerdo firmado e ignorarlo el señor Lic. Padilla, o por otras causas, no nos fue posible ese conocimiento previo, y de ahí que nuestras observaciones surjan después de promulgado el acuerdo.

Quizá hablo indebidamente de observaciones en plural, pues, en realidad, sólo una se me ocurre, de cierta entidad, ya que las demás habrían de girar en torno a detalles secundarios. La parte fundamental del acuerdo enciérrase en el artículo 1, que invita a los miembros de la Delegación en México de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, a constituir, de conformidad con las leyes mexicanas y con el objeto primordial de regularizar su funcionamiento, tanto en el aspecto interior como desde el punto de vista internacional, un organismo que controle el manejo de los recursos económicos. No sólo queda aceptada, sino también agradecida, como el día 29 dije

al Sr. Secretario de Relaciones Exteriores, la iniciativa para dar a la JARE una estructura jurídica que la salvaguarde en el presente y en el futuro; pero si tal formación puede efectuarse rapidísimamente, como nosotros mismos anhelamos, ¿qué necesidad hay de que las Secretarías de Gobernación y Relaciones Exteriores constituyan un organismo provisional para esas mismas funciones y en el que ambas Secretarías estén directamente representadas? La inhibición del Gobierno mexicano con respecto a las instituciones de auxilio a los republicanos españoles venía siendo absoluta, como lo proclamó en su mensaje al Congreso de la Unión, el día 1º de septiembre de 1940, el señor don Lázaro Cárdenas, y ese mismo espíritu de inhibición parece palpitar en el acuerdo presidencial de 21 de enero de 1941; pero la continuidad de dicha línea de conducta quedará bruscamente rota al constituirse, de la manera y con la composición dibujadas en el artículo VI, el organismo provisional. Esto determinaría una intervención oficial y directa del Gobierno mexicano en nuestras actuaciones, la cual, a mi juicio, acarrearía graves consecuencias, si se reanudaran las relaciones diplomáticas entre México y España estando Franco en el poder: para el Gobierno mexicano una serie de enojosísimas reclamaciones y para nosotros el peligro del apoderamiento, por parte de Franco, de cuantos caudales y bienes poseyéramos, pues apareciendo unos y otros registrados oficialmente y de modo tan extraordinario, no podrían ser negados ni encubiertos. La defensa de los intereses que, en unión de mis compañeros de Delegación tengo encomendados, me obliga, al amparo de la bondad de usted, a llamar la atención sobre problema tan delicado. Acaso mi juicio lo lleve el temor por caminos descarriados. Por eso convendría someterlo a estudio de personas competentes. Aparte de lo anterior, que es lo fundamental, debo consignar nuestro deseo de que se nos evite toda amalgama con órganos de auxilio que no se ciñeron, como nosotros, al mandato de los representantes legales de la República española, y con ciertas colectividades, de existencia real o ficticia, al frente de la cuales aparecen elementos a cuya total insolvencia se suma la sospecha de aparecer manejadas para fines de tipo político a los que la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles no habrá de cooperar directa ni indirectamente. Resumo mis observaciones con las siguientes súplicas: Primera.- Que, fijándose un plazo brevísimo para que la JARE obtenga la estructura jurídica diseñada en el artículo 1 del acuerdo presidencial de 21 de enero último, se prescinda de constituir el organismo provisional a que se refiere el artículo VI del mismo

acuerdo. Segunda.- Que una comisión de jurisconsultos especializados en Derecho Internacional redacte el proyecto de bases para estructurar jurídicamente la JARE y que ésta pueda hallarse representada en dicha comisión. Tercera.- Que cuanto haya de estatuirse para la JARE se haga con la más absoluta exclusión de cualesquiera otras entidades. Pidiéndole perdón por el atrevimiento y dispensa por la molestia que le origine la lectura de esta carta, se despide respetuosa y afectuosamente, anticipándole las gracias. Indalecio Prieto.”

Desde ese momento algunos republicanos como Antonio Ros se alejaron definitivamente de la política de las instituciones republicanas, aunque mantuvieron sus lazos de amistad y sus vínculos sociales a través del Ateneo Español y del Centro Republicano. Una de las personas más queridas por el doctor Ros, y más próximo a su postura fue Mariano Ruiz-Funes, amigo de juventud y hasta su muerte, una de las personas que le aconsejaron en el exilio de París que se marchase a México:

“Mi querido comprovinciano, el gran penalista Marianico Ruiz-Funes, hasta hace unos meses embajador de España en Polonia, me envía una carta muy cariñosa desde Bruselas. Me aconseja que haga, lo antes posible, lo que él piensa hacer: ir a vivir a México.”

Mariano había nacido en Murcia, en cuya Universidad se licenció, doctoró en Derecho y consiguió en 1919 plaza de Catedrático de Derecho Penal en dicha Universidad. Si como profesor su importancia fue grande, como político y humanista fue también una influyente e importante figura de su tiempo. Afiliado a Izquierda Republicana, fue diputado a las Cortes Constituyentes republicanas. Ya en Madrid, formó parte del Instituto de Estudios Penales, sucesor de la Escuela de Criminología, suprimida por orden de la República, ocupándose de la Cátedra de Derecho Procesal penal.

Cuando Manuel Azaña fue llamado a formar Gobierno, se le encomendó el ministerio de Agricultura, donde intentó inmediatamente poner en práctica la tan necesaria reforma agraria. En el gabinete de Casares Quiroga, volvió a encargarse de la cartera de Agricultura, desde cuyo cargo se opuso el 18 de julio de 1936 a que se entregasen armas a las milicias de los partidos políticos y organizaciones sindicales

de izquierda; rechazando dos días después, tras el fracaso de Diego Martínez Barrio, el encargo del Presidente Azaña, de formar un Gabinete que pusiese fin a la crisis producida con el Alzamiento. Es propuesto por José Antonio Primo de Rivera, como Ministro de Agricultura, en el proyecto de Gobierno de Reconciliación Nacional que hace en agosto de 1936 desde la cárcel de Alicante. En el posterior Gobierno de Francisco Largo Caballero, ocupó la cartera de Justicia. Mas tarde desempeñó el cargo de Embajador de España en Varsovia y Bruselas. En Bélgica hizo amistad con el profesor Vervaek, criminólogo belga dedicado al tratamiento del delincuente y pionero en la clínica criminológica.

Al acabar la guerra, Ruiz-Funes, se exilia primero a Cuba y luego a México, donde prosiguió sus actividades profesionales. En su exilio americano continuó preocupado por los problemas políticos y humanos de la Criminología y el Derecho Penal, asesorando a numerosos organismos públicos y privados. Pero su principal labor fue la enseñanza en la Universidad, siendo Catedrático honorario de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos de Lima, de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de San Carlos de Guatemala y Profesor honorario de la Universidad Autónoma de El Salvador. En España fue juzgado en rebeldía.

La amistad entre Antonio y Mariano se remontaba a 1924. Ambos se conocieron en enero de ese año en Murcia en el Homenaje a Miguel Pelayo organizado por el Círculo de Bellas Artes, del que Ruiz-Funes era presidente. Fue uno de los mayores y mejores encuentros entre intelectuales murcianos y cartageneros, pues concurrieron a la velada Dionisio Sierra, Raimundo de los Reyes, Antonio Oliver, Leopoldo Ayuso, Enrique Soriano, Francisco Frutos, Andrés Sobejano, Ginés de Arlés, Ricardo Sánchez Madrigal, Fernández de Velasco (alcalde de Murcia), el presidente del Casino Clemares, el Rector Lestán, el General Valcárcel y Delmás, Presidente de la Unión Mercantil. Antonio Ros asistió como simple espectador, coincidiendo con él de nuevo en la Fiesta de la Raza celebrada ese mismo año en octubre en el Gran Hotel. La relación cultural y política de ambos fue cada vez mayor, especialmente desde que Antonio se adscribió a Izquierda Republicana. En el exilio mexicano ambos compartieron en sus frecuentes tertulias los recuerdos de la tierra, la añoranza de los amigos comunes y una visión parecida de la postura

que debían tomar los republicanos en el exilio. El 4 de julio de 1953 el diario murciano *La Verdad* publicaba una breve nota sobre su muerte:

“Ha fallecido en Méjico el exministro de la República española Ruiz-Funes. Residente en Méjico desde el año 1939 y que desempeñaba la Cátedra de Derecho Penal en la Universidad de Méjico. Contaba 64 años de edad.”

Los que permanecieron en España comenzaban a perder el miedo y a desempolvar los viejos recuerdos. En el comienzo de la década de los 60, Antonio Ros se siente mayor y no quiere morir sin recuperar sus raíces. Su olfato político le indica que es el momento de preparar el regreso y el reencuentro. La familia vive toda en México y los padres y el tío Paco fallecieron, pero treinta años no han sido suficientes para romper sus otras raíces. Es el año 1968, el mundo está cambiando en París, en Praga, en México y también en España, que ya se parece bastante a la Patria que Antonio soñó. Quiere regresar y establece un contacto infalible: sirve a Manuel Fraga (en “viaje de estudios”) de introductor en los círculos del poder mexicano. ¿Qué significaba esto? ¿Se ensayaba acaso en España una transición de carácter priísta? Su vida de juventud en Cartagena estaba lejos, había que regresar y la amistad de Manuel Fraga y de otras destacadas personalidades del franquismo le garantizaban total inmunidad.

Antonio volvió a España y vivió años suficientes como para disfrutar de sus viejos amigos, ser partícipe de nuevas experiencias, dejar huella de su obra y recibir en vida honores. Desde 1972 viajaba a España con regularidad cada mes de marzo y pasaba una temporada a caballo entre Madrid y Cabo de Palos, con frecuentes visitas a La Unión, Cartagena y Murcia. El momento del regreso tras tantos años de ausencia fue para él una experiencia emocionante. Tras descender del avión se detuvo unas horas en la capital de España. Las suficientes para echar una ojeada en el Museo del Prado a los cuadros de Zurbarán y Tintoretto. Recordó sus lejanos años de estudiante de Medicina y la nostalgia le llevó a visitar, por unos momentos, el Hospital General, donde tantas veces escuchara las lecciones de su gran amigo Gregorio Marañón; la Facultad de Medicina, en la que fueron sus maestros Sebastián Recaséns, Nóvoa Santos y Carlos Jiménez Díaz; el Hospital del Rey, donde tanto aprendiera de su director, Manuel Tapia; y el

de San José y Santa Adela, con los maestros Salvador Pascual y Luis Calandre, sobre todo de éste, a quien debía sus mejores conocimientos de cardiología. Llegó en tren a Cartagena y recorrió sus calles fugazmente, pues su anhelo era llegar rápido a las playas de Cabo de Palos. Quiso detenerse unos instantes en La Unión, donde recordó a su discípulo Asensio Sáez, que la había llamado ciudad alucinante, y el poema que escribiera Marquerie:

*Llevadme a La Unión volando,  
daos prisa, tartaneros,  
que ha empezado el festival  
del cante de los mineros.*

Como estaba situado al paso, entró a beber una cerveza fresca en el Bar Pagán, donde se reunía la afición futbolística y torera. Allí afloraron inevitablemente los recuerdos de la niñez, especialmente estos momentos:

“...cuando escuchaba extasiado, en las suaves noches de la calle Mayor de mi ciudad minera de La Unión, aquella estridente Banda Municipal que, dirigida por el maestro Juan Ibáñez, lanzaba al aire tibio del verano las alegres notas de «La Gatita Blanca» y «El Conde de Luxemburgo...”

Y subido de nuevo en el coche, saliendo hacia la costa por la venta del Descargador, le vino a la memoria el recuerdo de sus empeños por levantar aquel pueblo, por hacerlo grande y próspero y acabar con la injusticia social que existía a comienzos del siglo XX. Qué lejano quedaba aquel día cuando estaba recién estrenado el nuevo régimen republicano en el que en el diario republicano local *La Voz del Pueblo* se había dirigido a sus paisanos con un propósito y un lema *La Unión sobre todo*. Aquel día sus paisanos pudieron saber que su carrera política había nacido con un ideal: tener poder y posición para redimir a su pueblo y que su compromiso era con sus conciudadanos y con la República.

Desde niño solamente había conocido días tristes en la sierra minera, con la que toda su numerosa familia estaba comprometida, sin que existiese ni siquiera un rayo de esperanza. Había sido un lugar

próspero mientras las minas, único sostén de la economía local, daban *para cada uno de sus propietarios una gran mesa, una gran casa y un mucho de regalo y para cada uno de sus trabajadores un buen pedazo de pan, un traje, unos calzados y la posesión temporal de un hogar limpio y tranquilo*. Después el mercado mundial de metales se hundió y las minas se agotaron, *las entrañas mineras enferman y enflaquecen*, las materias primas se encarecieron y los impuestos ahogaron la producción. La Unión entonces *se torna miserable, hosca, mimosa y fría*. Sus representantes parlamentarios y ministros de la Corona nada hicieron por su recuperación, que era un reto para el joven doctor y la República que nacía de manos de aquellos hombres *...laboriosos, valientes y probos que tomaron las riendas de aquella niña candorosa, tierna y balbuceante, de aquella niña que hacía pinos y apenas podía andar*. Eran hombres desviados por aquella República antes de que naciese y que serían los encargados de ampararla y guiarla a la redención de poblaciones condenadas al ostracismo como era La Unión. El objetivo era que el propietario minero pudiese volver a tener casa, mesa y comodidad y el obrero trabajo, pan, vestidos y un hogar alegre y aseado. Esta era la “Revolución” que habían querido para España los republicanos.

Y recordando, la memoria transportaba a Antonio a la poesía de aquellos tres juglares, que mantenían disputa trovando, Marín, Castillo y Gregorio Madrid. Ya enfilada la cuesta, le pareció oír de nuevo aquel viejo trovo:

*De vivir en población,  
a pesar de los pesares,  
elegiría La Unión,  
caracola entre dos mares,  
guitarra del corazón  
y colmena de cantares.*

Y le hubiese gustado entonces escuchar a Rojo el Alpargatero entonando un fandanguillo como aquel:

*Tuve un hermano minero  
que echó sangre por la boca,  
y en los brazos de mi madre  
derramó la última gota.*

Tras doblar en un altozano la Casa de Villasante, se descubrió a los ojos el mar Mediterráneo con las olas rompiendo arrogantes y bravas en Cabo de Palos antes del crepúsculo. Todavía tuvo tiempo de subir al faro y pasear por las calas donde conoció sus primeros amores. Durmió la mejor noche de su vida. Por la mañana, en el café, fueron surgiendo los planes de su primera jornada en casa después de más de treinta años: el baño del mediodía, la comida en el hotel *Entremares* y la codiciada siesta en la terraza *recostado en la hamaca, mecido el sueño por el fresco aura del jaloque*. Más tarde, con el crepúsculo, el regreso a Cabo de Palos, pero, esta vez, andando, playa adelante, recorriendo los dos kilómetros desde la antigua encañizada de Marchamalo a las Amoladeras y a la Casa de los Ingleses. Caminó junto a otros amigos por la apretada arena de la playa de Levante, sin fatiga alguna.

Pasaron algunos años y Antonio Ros se convirtió de nuevo en un personaje célebre en La Unión. Su fama se vio reconocida en los libros de historia local y regional. La joven democracia española necesitaba puntos en que afirmarse y don Antonio tenía mucho que dar y enseñar a los jóvenes. En sus participaciones en las tertulias Mesa-Café, con García-Mateos, Enrique Viviente y Manuel Fraga (entre otros) descubrió a la juventud sus dotes para la oratoria y sus anécdotas sobre las audiencias que el Rey Juan Carlos le había concedido crearon en el pueblo una leyenda sobre su persona. Vivió con júbilo las primeras elecciones democráticas en España y celebró el acto final de la República Española en el exilio con su amigo Fernando Valera (último Presidente), Don José Maldonado y López Portillo, a la sazón presidente mexicano, como protagonistas. Era 1978 y, al año siguiente, 1979 las elecciones municipales posibilitaron la llegada al sillón municipal de un alcalde progresista, que no cejó en su empeño de devolver a don Antonio “el oculista” el amor que había manifestado siempre a su pueblo y ese mismo año de 1982 fue nombrado Hijo Predilecto de La Unión. El alcalde Andrés Martínez Cánovas contó para ello con el apoyo de toda la corporación y todos los unionenses de pro mandaron su adhesión a dicha iniciativa.

Antonio Ros murió feliz en México en 1988, rodeado de su familia, de su hija y de sus nietos. Imaginamos que alguno de sus últimos pensamientos tuvo que ser para sus amigos de juventud. Por su pueblo se le recuerda como si estuviese enterrado aquí cerca, junto

a sus amigos de la juventud y la niñez, como si hubiese muerto junto a nosotros, como aquel personaje sin nombre presente en el poema de su querida María Cegarra:

## DESPUÉS

Me moriré en La Unión, junto a las minas.  
Con un rumor de mar a mi costado.  
El cante de mi tierra como rezo  
y el trovo de un amigo por corona.  
Tengo miedo que me cubra la tierra  
pero el amor callado de mi ensueño  
desgarrará la oscuridad silente  
alcanzando la luz inconsumible.  
Mi mesa con su enredo de cuartillas.  
Cartas que no alcanzaron su respuesta.  
Un libro abierto, un retrato escondido.  
Envuelto en soledad de soledades.  
Sin que nadie la recoja y la viva.  
La emoción de mis versos al olvido.

## BIBLIOGRAFÍA

ALBORNOZ, Álvaro de: *El Partido Republicano*. Madrid, 1930.

AYALA, J. A.: *Murcia en la Segunda República*. Murcia, 1982.

AZAÑA, Manuel: “El problema español”. Conferencia pronunciada el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares. Edición Facsímil. Madrid, 1987.

CARABIAS, Jofina: *Azaña: Los que le llamábamos Don Manuel*. Barcelona, 1980.

CASAL, Federico: *El libro de la ciudad de Cartagena*. Cartagena, 1923.

CONDE, C.: *Recuerdos*. Madrid, 1986.

FRANCO FERNÁNDEZ, F. J.: *La Unión y Cartagena (1874-1936). El sueño modernista*. Cartagena, 2019.

IZQUIERDA REPUBLICANA. DOCUMENTOS. Izquierda Republicana, Valencia 18 Julio-18 Diciembre 1936: visión de los problemas surgidos de la Guerra contra el fascismo. Sueca, 1937.

LÓPEZ PAREDES, M.: *Cartagena. 1900-1974*. Cartagena, 1974.

MACHADO, A.: *Madrid, baluarte de nuestra guerra de independencia*. Madrid, 1937.

MARTÍNEZ LEAL, J.: *Cartagena durante la Segunda República (1931-1939)*. Murcia, 1986.

MÉXICO Y LA REPÚBLICA ESPAÑOLA. Antología de documentos 1931-1977. Centro Republicano Español de México, 1978.

PÉREZ ROJAS, F. J.: *Cartagena 1874-1936*. Murcia, 1986.

RIVAS CHERIF, Cipriano de: *Retrato de un desconocido, vida de Manuel Azaña*. Barcelona, 1981.